



Pedro Antonio de Alarcón

Versos

A la Marquesa de Vadillo

Oye, cristiano tesoro,
Las cosas que el otro día
Pensaba de ti aquel Moro,
Cuando versos te ofrecía
Entre Pinto y Valdemoro:

«Dice que nació en Granada,
Y a Aranjuez va acompañada
De sus hijos y su esposo,
Salud buscando y reposo
Para su prole adorada.

»¡La debí reconocer
Cuando aún no la conocía;
Pues tan gallarda mujer,
Discreta, amorosa y pía,

De Granada había de ser!

»Porque sólo allí se hermana
La virtud con la dulzura,
Y el cielo en hacer se ufana
Un ángel de una criatura
Mixta de mora y cristiana.

»Que allí es linda la piedad,
Graciosa la devoción,
Bonita la santidad,
Y plácida diversión
La sublime caridad.

»De allí, pues, es la gentil
Madre y modelo de esposas
Que marcha en ferrocarril
Cubierta de frescas rosas,
Como el rosal en Abril...

»¡La debí reconocer
Cuando aún no la conocía;
Y, pues lo llego a saber,
Bendigo a la patria mía
En tan gallarda mujer!»

Tales, cristiano tesoro,
Los conceptos singulares
Eran de este viejo Moro,
Cuando te ofreció cantares
Entre Pinto y Valdemoro...

Y si aquí te los confiesa
Es por cumplir su promesa,
Poniéndolos a tus pies,
Encantadora Marquesa,
Con permiso del marqués.
Mayo 1886.

La Virgen de las Angustias

(Recuerdo de Granada)

Allí donde cercada
De perlas y de aromas
Yació vilipendiada
y esclava la Mujer;
Allí donde los Moros
Gozaron sus amores
Y alzaron entre flores
El Templo del Placer:

Al pie de la colina
Que aún muestra por corona
La Alhambra granadina
Palacio del Amor,
Alzaron los Cristianos
Morada más divina,
La casa de la Virgen,
El Templo del Dolor.

En él está la Madre
De todos los que lloran...
Rendidos a sus plantas,
Extáticos la adoran...

La tímida doncella
La busca por dechado:
Perdón aguarda de ella
La triste que ha pecado.

La lluvia providente
Le pide el campesino;
La vuelta del ausente
La esposa del marino;
Salud el pobre enfermo,
Victoria el campeón:
El huérfano infelice
Fiado en su amor santo,
«¡Ampárame (le dice)
Debajo de tu manto!»

Demándale el pechero
Que postre a su enemigo,
Justicia el caballero,
Consuelos el mendigo,
Puerto seguro el náufrago,

El vate inspiración.

Y al ver aquellas lágrimas
Que en las mejillas mustias
De la celeste Madre
Revelan sus Angustias,
Todos los tristes hallan
Alivio a su penar.

Que es el dolor la fuente
Del bien y la alegría;
Y de la cruz pendiente
El Hijo de María,
Trocó en mérito y gloria
La dicha de llorar.

Lúbrica siempre, corazón de piedra,
Formidable mujer, bella y temida,
Imagen eres de la aciaga hiedra,
Cuyo abrazo mortal roba la vida.

Libres ya de tus garras, aún arredra
A tus amantes, en su larga huida,
Pensar que navegaron con tal furia
Por el aciago mar de la lujuria.

Otra carta

Escrita dos años después a los poetas que en ella se mencionan, los cuales me habían dado los días en unos preciosos versos cojos, hechos mancomunadamente.

Valdemoro 30 de Junio de 1880.

Mis muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Palacio y Grilo:
Que el cielo benigno os guarde
Y que estrenéis cada tarde
Un traje entero de hilo.

Que paséis todo el verano
Tomando horchata de chufas
Las horas del meridiano,

Y cuando el sol dé de mano,
Jamón y pavo con trufas.

Que os bañéis donde queráis,
Vayáis donde proyectéis,
Muy lindas cosas veáis,
Con pocos tontos habléis
Y muchos versos hagáis.

Que llegada otra estación
Traigáis cada levitón
Que le diga a Dios de tú
Y debajo del surtout
Muy alegre el corazón.

Que si os faltase dinero
No os falten amor ni calma:
Que viváis un siglo entero
Sin arrugas en el alma
Y sin gasa en el sombrero.

Que así os sorprenda la muerte,
Pues que preciso es morir;
Pero que muráis de suerte
Que entre vivir y morir
El mundo a escoger no acierte.

Tales cosas os deseo,
Hermanos del alma mía,
Cada vez que ufano leo
Vuestra gallarda poesía
Que ayer me trajo el correo.

En ella, insignes cantores,
De vuestro diverso numen,
Juntáronse los fulgores
Como en la luz se resumen
Del iris los resplandores.

Mas, como herido el cristal
Hace que la luz deshecha
Muestre su vario caudal,
Así mi mente sospecha

Lo que escribió cada cual.

De Herranz la austera expresión,
De Grilo el canto suave,
De Campo la inspiración,
De Velarde la pasión,
De Palacio el genio grave.

Del uno el sano consejo,
Del otro el afecto niño,
De cuál el dulce gracejo,
De éste el naciente cariño,
De aquél el cariño viejo.

Todo lo discierne y ve
Con inefable alegría
De mi gratitud la fe
En esos versos de un pie
Con que me obsequiáis mi día.

Y cuando yo vuelva a Madrid, que será
dentro de tres o cuatro días, trataremos
de arreglar el que vengáis por aquí a
comeros un arroz a la granadina con
vuestro afectísimo amigo
P. A. de Alarcón.

Me parece que esta última quintilla es
la que me ha salido mejor.

A los señores D. Guillermo Escribá de Romaní y Doña Ramona Quintana, su
esposa

En la consagración del templo erigido a sus expensas para restablecer el
culto público de la antigua imagen de Nuestra Señora de la Blanca.

¡Mal haya el desalmado,
Maldito el monstruo sea

Que al mundo viene armado
Del hacha o de la tea
Y en los paternos bosques
Se ensaña sin piedad!
¡Mal haya quien aterra
Los cedros seculares!
¡Mal haya quien destierra
Sus sombras tutelares!
¡Mal haya quien destruye
Su pompa y majestad!

¡Y, en cambio, Dios bendiga
Las ansias y el anhelo
De quien la sombra amiga
Del bosque vuelve al suelo
Y trueca yermo páramo
En próspero plantel!
¡Bendito quien sustenta
La planta decaída!
¡Bendito quien aumenta
Las flores de la vida,
Y el valle de las lágrimas
Convierte en un verjel!

¡Mal haya el que inclemente
Destruye o aminora
La dicha del creyente,
Las fuerzas del que llora,
Los sueños del espíritu,
La fe del corazón;
Y en pago nos da sólo
Rencores y tristeza,
La vida como un dolo
Que en el nacer empieza,
La muerte como término,
La nada en conclusión!

¡Y bien haya del cielo
Y amor y venturanza
Quien siembra en este suelo
Semillas de esperanza
Y aliento da a los míseros
Proscritos del Edén!
¡Bien haya quien mitiga,
Tras luengos despoblados,
La sed y la fatiga,
Mostrando a los Cruzados

Las palmas y las torres
De la eternal Salem!

¡Benditos, sí, benditos
Vosotros que, en la senda
De males infinitos,
Plantasteis vuestra tienda
Donde cayó en ruinas
La Casa del Señor!
¡Vosotros, que a su gloria
Alzáis nuevos altares,
Do, en nombre y en memoria
De sus antiguos lares,
Reine la Santa Efigie
Del Maternal Amor!

¡Benditos, sí, del cielo
Seáis y vuestros hijos,
En premio de desvelo
Y afanes tan prolijos
Y tanto amor al prójimo
Y fe tan ejemplar,
Vosotros que a MARÍA
(La madre del que llora,
Del que en su amor confía,
Del que su ayuda implora,
Del huérfano y del náufrago)
Volvéis su sacro altar!

1883.

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

